

Hacia una nueva perspectiva metodológica: consideraciones sobre *Horizontes Psiquedélicos*, de Thomas B. Roberts

José Alfredo González Celdrán

Resumen: Consideraciones y reseña del nuevo libro de Thomas B. Roberts, *Psychedelic Horizons*, donde el autor propone recurrir a los *estados alterados de conciencia* como una perspectiva útil desde la que aproximarse al objeto de una investigación científico-humanística, sin excluir cualesquiera otras perspectivas.

Abstract: Regards and review of Thomas B. Roberts' new book *Psychedelic Horizons*, where the author suggests the resort to *altered states of mind* as a useful perspective to approaching the subject of a scientific-humanistic research, without ruling any other perspective out.

Si para algo me sirvió estudiar Filosofía durante mi tercer año como estudiante de Clásicas fue para comprender la naturaleza propia, aunque general, de los objetos de investigación. Me enseñaron a distinguir entre el Método Científico y el Método de la Historia, que podemos generalizar como Método Humanístico, y las diferencias estaban claras: los objetos que estudia la Ciencia son mensurables, reproducibles en laboratorio y sobre ellos pueden establecerse predicciones. Nada más lejos la materia de la Historia o cualquier disciplina humana, incluido el estudio de las lenguas: no existe la posibilidad de laboratorio propiamente dicho, y no es posible acercarse del mismo modo al análisis de un compuesto gaseoso o una fórmula matemática que a la comprensión de un suceso histórico o de una obra literaria. En el laboratorio químico escogemos los gases, los medimos en sus proporciones precisas y estudiamos sus reacciones con objetividad positivista; en el laboratorio humanístico no podemos

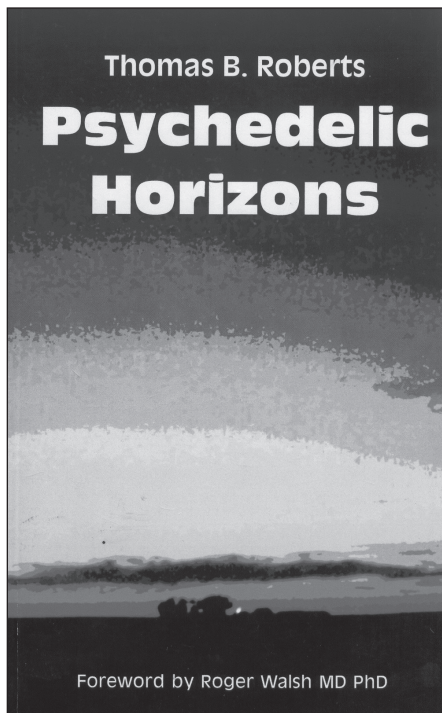
disponer de los materiales libremente y, además, nuestro acercamiento a ellos no puede ser sino incompleto, porque la Historia es tiempo y la literatura espíritu, y tanto tiempo como espíritu son inasibles en un proceder científico *stricto sensu*. De ahí la artificial diferenciación entre Ciencias y Letras, un encasillamiento cuyo origen está más en el objeto que en su método de estudio, aunque en el fondo todos los humanistas hemos contribuido a ella al aceptar que nuestros métodos y objetos son muy diferentes de los de la Ciencia, con lo cual afirmamos no ser ciencia en absoluto. Y nada más lejos de la verdad.

El principio de la experimentación en laboratorio busca el prurito ansiado de la objetividad, transformada en denominación de origen de un proceder determinado. Pero ¿cuál es el laboratorio de un astrónomo? ¿Con qué regla mide las distancias entre planetas? ¿Cómo puede probar materialmente sus teorías? Los astrónomos saben mucho del engorroso proceso de elaborar hipótesis sobre cuerpos y fenómenos a los que, de forma exasperantemente general e inevitable, no pueden ni siquiera acercarse. Sus fórmulas incluso deben ser corregidas y recorregidas una y otra vez, porque operan a manera de aproximaciones y sus postulados deben ser, en no pocas ocasiones, incluso remodelados por completo, o bien se enfrentan a otros postulados que rivalizan con ellos por su operatividad como explicadores de tal o cual fenómeno. Además, el cosmos los enfrenta a veces a la mayor de las ignorancias y los sorprende con lo desconocido y con lo inesperable. Pero la astronomía es una ciencia, nadie lo duda, y su método no es otro que el científico, el de cualquier otra ciencia... ¿Qué lo distingue entre todas ellas? No el método, sino el objeto de su estudio. El astrónomo no puede percibir la realidad que estudia desde todos los ángulos posibles, no puede asirla, no puede manejarla, que es precisamente lo que le ocurre al humanista: ambos acomodan sus armas a la materia de su estudio con el propósito de aprehender y luego divulgar la naturaleza de la misma. Ambos acomodan su método a sus disponibilidades.

Este problema lo es en realidad de la Ciencia en su conjunto y no sólo de una porción de ella. De hecho, siempre hemos hecho mal esta diferenciación, porque todo ámbito de estudio es en realidad *scientia*, «conocimiento», y no hay nada más científico que la búsqueda de todo tipo de conocimiento. Pero el objeto de estudio no siempre nos muestra todas sus cartas; de hecho, lo normal es que alguna quede oculta y se convierta en la variable que obliga a modificar o sustituir hipótesis. Así, el problema fundamental del método científico es la acomodación de sus parámetros al objeto durante la investigación, teniendo en cuenta que los objetos no se muestran todos con el mismo grado de accesibilidad ni de ocultación: es, teóricamente, más fácil concluir algo sobre la vida de los gatos que sobre la intención última de Platón al escribir sus diálogos o sobre la auténtica naturaleza de un quásar, pues mientras que nos es posible reunir felinos en un laboratorio e incluso delimitarles un hábitat, no podemos resucitar a Platón para preguntarle nada ni enviar, todavía, una sonda al quásar más cercano para tomar unas muestras.

En no pocas ocasiones los científicos de todas las áreas han polemizado sobre hipótesis no concluyentes por un problema de objeto, y sus debates han girado más en torno a posiciones personales que en torno al objeto mismo. Lo supo Darwin cuando hubo de enfrentarse al Creacionismo vigente hasta él, y Einstein cuando sus teorías chocaron contra el muro de los dogmas aceptados en la Física, o cuando chocó consigo mismo al descubrir, gracias a una Mecánica Cuántica que nació de sus propias fórmulas, que en realidad Dios sí parecía jugar a los dados: sus reformulaciones y retorcimientos de la Teoría de la Relatividad se debieron más a una cuestión de fe que a una convicción científica; no en vano Einstein era judío. Resulta, en este sentido, muy significativo que la Historia nos ofrezca más contiendas bélicas por un *yo creo* que por un *yo sé*. Las guerras de religión y los actuales Fundamentalismos, que derivan en manifestaciones terroristas, son una buena prueba de cómo la imposibilidad de conocer un objeto, teniendo sin embargo una opinión discutible e indemostrable sobre él, nos ha conducido a conflictos con más frecuencia que a acuerdos. Los autores de las hipótesis científicas luchan con demasiada frecuencia a brazo partido contra sus colegas no por la verdad, sino por su óptica de la verdad, o dicho de otro modo, por sí mismos.

Puesto que el objeto es un problema generalizado dentro del método científico, el proceder más heurístico es el de procurar un acercamiento al mismo desde la mayor



variedad de perspectivas posible. Y esto es precisamente lo que propone el psicólogo estadounidense Thomas B. Roberts¹ en su reciente libro *Psychedelic Horizons*², ya publicado en Europa pero aún no traducido al español. Roberts ha dedicado mucho tiempo y esfuerzo al estudio de las formas de percepción humanas y, en general, a lo que Stanislav Grof llamó *experiencias holotrópicas* o *emergencias espirituales*, que no son sino estados alterados de conciencia que se convierten en atalayas desde las que observar un suceso. Bajo un estado de percepción ordinario, como el que todos disfrutamos en nuestra vida cotidiana, los hechos se perciben y se estudian desde la perspectiva predeterminada de la Razón y la Lógica, herramientas, como sabemos, de gran valor para el ser humano, de las que no podemos ni debemos prescindir. Pero en un estado no ordinario, o alterado, de conciencia, los hechos se perciben desde tantos puntos de vista como observadores.

Los modos de conseguir estados alterados de conciencia son, desde antiguo, muy variados: prácticas yóguicas, oración, meditación, música, ejercicios respiratorios... Pero sin duda el recurso proporcionalmente más utilizado para conseguir una alteración de la conciencia ha sido la vía química ofrecida por las *plantas de poder*, las plantas psicoactivas o *enteógenos* utilizados por muchas y diversas culturas para la consecución de experiencias espirituales de todo tipo, desde la simple iniciación social al grupo hasta el contacto directo con la divinidad. A ellas se recurre, aún hoy, en circunstancias especiales y bajo rituales y condiciones muy estrictos si se quiere que sean efectivas, pero todos nosotros, absolutamente todos nosotros, solemos acceder a un estado de percepción extraordinario cada día, sin necesidad de cumplir ningún requisito: el sueño. Roberts nos recuerda que no son pocos los grandes pensadores que han concebido ideas geniales mientras dormían, es decir, mientras sus cerebros-mentes evolucionaban tras apagar la luz de la lógica ordinaria: «Por ejemplo, el escritor Robert L. Stevenson soñó algunas de sus tramas. El filósofo francés Condorcet resolvió una difícil ecuación matemática durante el sueño. El Poeta William Blake soñó que su hermano muerto le instruía en una técnica de grabado. Kekule soñó, literalmente, el anillo de benceno; y el arqueólogo Hilprecht soñó con un sacerdote de Nippur que le mostró cómo descifrar los caracteres cuneiformes babilonios juntando artefactos que previamente parecían no tener relación uno con otro»³.

Ya en la Antigüedad era costumbre consultar a divinos antes de tomar una decisión sobre un asunto, es decir, recurrir a individuos capaces de maniobrar, al menos supuestamente, en planos y estados de conciencia distintos del habitual: es

1 El doctor Thomas B. Roberts es profesor en el Department of Leadership, Educational Psychology and Foundations de la Northern Illinois University, donde imparte un curso sobre perspectivas psicodélicas desde hace 30 años.

2 Thomas B. Roberts, *Psychedelic Horizons*, Imprint-Academic, Exeter, United Kindom, 2006 (para la edición USA, Imprint Academic, Philosophy Documentation Center, Charlottesville).

3 Thomas, B. Roberts, *Psychedelic Horizons*, p. 121.

conocida de todos la costumbre romana de preguntar a los augures por el rumbo de una batalla o una guerra, y la gran fama adquirida por oráculos griegos como los de Delfos o Dodona en Grecia o el de Cumas en Italia, basados todos en la fiabilidad de sus resultados; en los Libros Sibilinos estaba escrito el futuro del Imperio Romano, tal y como pensaba el común de la plebe pero también el propio emperador. Y era y es muy habitual la práctica de encomendar la solución de un problema al sueño, bien por procedimientos como el de la *incubatio*, consistente en pasar la noche en un templo esperando que el dios deslizara la respuesta durante el sueño, o bien por nuestro *consultar con la almohada*, que en el fondo no es sino confiar en que los compartimentos mal llamados inconscientes de la mente den con la clave de un problema irresoluble para la parte consciente o no alterada. Y no debemos olvidar la importancia que siempre se ha dado al sueño como *mensajero divino* o *vehículo* por el que estamentos espirituales superiores se comunican con nosotros, desde el griego Artemidoro hasta el Psicoanálisis de Freud y su derivación en el método de Jüing o la Psicología Transpersonal: ya no tenemos duda de que nuestros sueños nos hablan, de que hay un trasvase de información nuestras percepciones ordinaria y no ordinaria, algo que ha sido habitual en el Chamanismo de todas las culturas, aunque sólo desde hace relativamente poco ha sido tenido en cuenta en toda su importancia por los medios académicos. La esquizofrenia, es decir, la alteración de conciencia en que se vio sumido el prestigioso matemático John Forbes Nash, no le impidió llevar a cabo una labor investigadora que le valió el Premio Nobel de Economía en 1994⁴.

El arte contemporáneo ha derivado en tendencias oníricas y abstractas al mismo tiempo que los estudios de antropólogos de todo el mundo descubren el potencial creador y, sobre todo explicativo, de las experiencias chamánicas, desarrolladas en virtud de la entrada en dominios paralelos de existencia a los que no tenemos acceso desde nuestra percepción ordinaria. El libro de T. B. Roberts propone la toma en consideración de esta perspectiva a un tiempo nueva y vieja, para emprender un comprensión lo más global posible de todos los aspectos de la Ciencia, de cualquier ciencia. En tiempos en que la Física se expresa en un lenguaje casi chamánico en el entorno de la Mecánica Cuántica, y donde personalidades de renombre como el físico David Böhm proponen un modelo holotrópico de interpretación de la naturaleza, una naturaleza que se estructura, según los nuevos avances teóricos, en al menos 11 dimensiones, proponer que intentemos acceder a otros planos para considerar desde ellos todas las cuestiones dista mucho de ser Ciencia-Ficción; en cualquier caso, es de sobras conocido que muchos avances científico-tecnológicos se han debido, en última instancia, a la fértil imaginación de un escritor que había fantaseado, por

4 El lector puede encontrar un breve texto autobiográfico de Forbes en la web <http://nobelprize.org/economics/laureates/1994/nash-autobio.html>.

ejemplo, con el viaje en el tiempo, como H. G. Wells, o con una videoconferencia, como Arthur C. Clark, quien, por otro lado, era y es todavía Físico.

Roberts acuña el concepto de *mindbody state*, «estado mente-cuerpo» para referirse al estado de trance en que el individuo, su espíritu o su conciencia, llámese como se prefiera, *viaja* a otra atalaya dimensional, y propone a los investigadores la ejercitación en las técnicas que permiten alcanzar dichas atalayas, con especial atención a las plantas y sustancias psicoactivas, que tienen la virtud de cumplir en algún grado el principio metódico de la experimentación, sin necesidad de los largos años de preparación a que el yoga y otras técnicas nos obligan. En otras palabras, el LSD no es mejor para conseguir la alteración que una buena meditación; simplemente es más rápido y asequible. Debemos, no obstante, delimitar que las sustancias vegetales y químicas a que nos referimos no deben incluirse como *drogas* en el mismo saco que la heroína, la cocaína y otros compuestos adictivos socialmente peligrosos y, por añadidura, nada eficaces espiritualmente, pues no inducen sino estados transitorios de excitación o depresión y en ningún caso experiencias espirituales. Además, el consumo de psicoactivos, o *enteógenos*, debe ocurrir siempre bajo la guía y control de un psicólogo o psiquiatra experto.

Como ejemplo de las posibilidades interpretativas de la percepción desde un *mindbody state*, Roberts dedica un capítulo a analizar la película *Blancanieves*, de Walt Disney, demostrando que, lejos de ser un mero entretenimiento para niños, presenta codificados contenidos, elementos y símbolos que, intencionalmente o no, remiten a los rasgos fundamentales del chamanismo tradicional y de las experiencias no ordinarias, desde la aparición de figuraciones vegetales psicoactivas, como hongos, hasta la estructuración de la historia como un espejo de la psique humana.

Qué duda cabe que, dentro de nuestro espectro humanístico, la posibilidad de un acercamiento al objeto desde formas alteradas de conciencia resultaría de gran utilidad. Me viene a la memoria la gran cantidad de bibliografía existente sobre Cervantes y *El Quijote*, donde se incluyen estudios de todo tipo que buscan interpretar la gran novela clásica española con la mayor profundidad posible para llegar a una comprensión global de la misma. Tal vez un Cervantes redivivo se quedara perplejo al percatarse de los múltiples significados de su obra; él no sería consciente de la inmensa mayoría de ellos, y puede que hasta los rechazara como impropios, pero ello no querría decir que no estuvieran presentes en las páginas de *El Quijote*, sino que, tal y como nos ocurre a nosotros, él mismo no fue consciente de su lado inconsciente, lado que los investigadores tratan de descubrir a partir de la erudición y el raciocinio. De ahí la gran cantidad de estudios dedicados al tema. Pero, en realidad, la aproximación meramente erudita puede degenerar en algo parecido a deducir que el cielo es azul por indagar en volúmenes y volúmenes de ensayos, muchos de los cuales pueden estar equivocados, en lugar de hacer lo más sencillo: levantar la cabeza, mirar al cielo y ver con nuestros propios ojos que es azul.

En el fondo esto es lo que propone Roberts con su estudio de los estados *mente-cuerpo*: una inmersión directa en el objeto de estudio, facilitada por una percepción no ordinaria, algo así como entrar en la cabeza de Cervantes y fundirse con ella. Lo mismo sería útil para la comprensión de cualquier manifestación artística o, en general, humana, sobre todo la de aquellos períodos cuya lejanía temporal o fragmentariedad o escasez de restos conservados dificulta su comprensión. Éste es el caso, por ejemplo, del Arte Rupestre, que se ha interpretado, sin llegar a acuerdos unívocos, desde las más diversas ópticas: social, económica, chamánica, mitológica... Quizá el antropólogo, como cualquier otro científico, necesite la experiencia directa de la mente del hombre paleolítico o de cualquier grupo humano actual. Y quizá el astrónomo necesite ver con sus propios ojos el universo profundo para comprender sus misterios. Quizá el matemático comprenda mejor la complejidad de sus formulaciones desde un estado *mente-cuerpo*, quizá el físico y el filósofo precisen fusionarse espiritualmente con el principio mismo de la Creación. Y quizá el método de Roberts les esté abriendo las puertas para conseguirlo. El libro finaliza con una propuesta en verdad romántica: la creación de una *Universidad Enteogénica* en la que los investigadores aprenderían todas las estrategias necesarias para enfrentarse a la estructura profunda de las cosas ejercitándose en el manejo de los estados *mente-cuerpo*, un sueño que se perfila lejano pero que tal vez, algún día podamos ver realizado.

Ahora sólo debemos esperar que una editorial española emprenda pronto la traducción de estos *Horizontes Psíquedélicos*, a mi juicio una de las propuestas metodológicas más interesantes de los últimos años.

